

## RECENSIONES Y NOTICIAS DE LIBROS

ZÜRCHER, Josef: *Aristoteles' Werk und Geist*. Ed. Ferdinand Schöningh, Paderborn, 1952; 453 págs., 3 láms.

Siempre que tras la exposición de la filosofía de Platón hay que exponer el pensamiento aristotélico es tradicional leer o escuchar que se prefiere el genio poético de Platón al frío y rígido sistema de Aristóteles. Esta actitud procede del habitual modo de exponer la filosofía aristotélica. Una vieja costumbre y una propedéutica de siglos parecen obligar a exponer el sistema aristotélico como algo cerrado, perfecto, definido e impersonal. Las tres escolásticas, la cristiana, musulmana y judía, son las principales responsables de esta situación. Aristóteles de una persona de carne y hueso pasó a ser el *filósofo*, algo abstracto, inerte, desvitalizado. Los trabajos de Werner Jaeger han venido a romper esta tradición, bien que el recurso a invocar el Aristóteles tradicional, siga «facilitando» la labor de tanto expositor, ya que así se evitan el enojoso problema de estar al día en la investigación y la problemática. La misma grandeza de Aristóteles es precisamente la primera clave de la gran «leyenda negra» en torno a la sequedad y al mismo supuesto intelectualismo del gran pensador del Liceo. Los propios sucesores de Teofrasto y Estratón —y aun el mismo Teofrasto si hemos de creer a Zürcher— fueron incapaces de comprender a su maestro. Hay que llegar a Andrónico de Rodas para encontrar quien empezara a comprender la grandeza de Aristóteles. Pero siempre se padece la miopía precisa para no ver la implicación de su sistema con su vida. La pérdida de los diálogos y de las cartas y la conservación de estos «apuntes de clase» —que tanto quehacer empiezan a dar a la investigación—, tenidos durante tantos siglos como obra literaria, confirmaba y daba una base real a la imagen tópica del profesor seco y apergaminado. Así, el Renacimiento, que tanto incienso quemó ante Platón, casi acaba por hacer odioso a Aristóteles. Melanchton sacaría su filosofía de la *Metafísica*, y Suárez construiría sobre ella sus *Disputationes*; pero Lutero lo odiaría hasta compararle con el diablo, y más de uno de nuestros escritores ascéticos lo situaría en el mismísimo infierno. Incluso los filólogos durante mucho tiempo se contentaron con proclamar la apriorística escasa

calidad literaria de la obra aristotélica, sin intentar bucear en el porqué de ese supuesto mal estilo.

Si queremos, sin embargo, hacernos una idea del problema del conjunto de escritos que actualmente forman el *Corpus Aristotelicum* (desde ahora lo designaremos por CA) hay que empezar recordando cómo se conservaron y llegaron hasta nuestros días dichos escritos. Lo que hasta hace muy pocos años se creía que era la obra aristotélica es un conjunto que ni es *una* obra, ni son unos *libros*, ni fueron *escritos* por Aristóteles, ni *prima intentio* estaban preparados para ser editados. El conjunto de pequeños escritos, manuales de clase, apuntes y notas para la enseñanza de Aristóteles los legó éste, junto con todas sus obras, al Liceo. Pero aquello nunca fué para sus inmediatos discípulos ni para otros filósofos la obra escrita del Estagirita. La obra aristotélica estaba compuesta esencialmente por los diálogos y otros tratados, hoy desgraciadamente perdidos casi en absoluto. Los peripatéticos pudieron manejarlos, no lo dudo —y cabe, pues, en principio la tesis de Zürcher de que Teofrasto los rehizo y ordenó, cambió y modificó a su arbitrio—; pero no supieron qué hacer con aquella especie de maravilloso legado del maestro, que les resultaba poco menos que ininteligible. Conservados al parecer en un arca fueron trasladados a Alejandría. Allí siguieron varios siglos hasta que Andrónico de Rodas se decidió a editarlos. ¿Por qué? No lo sabemos, y este es el gran escollo de la tesis de Zürcher. Si tanto fueron corregidos y aumentados y tan mal tratados por su «redactor», ¿por qué no pudo ser éste Andrónico de Rodas, que es quien los editó, en lugar de serlo Teofrasto? Después volveremos sobre esta hipótesis.

La tradición refiere que Andrónico de Rodas encontró el CA desordenado, dañado por la humedad, repetidos ciertos libros, contradictorios a veces, nunca claros. El cariño de los editores, además, puede explicar fácilmente las repeticiones y contradicciones al no querer prescindir de fragmento alguno. Pero huyamos un poco de creer que esta edición fuese bárbara para lo que entonces se estilaba. Pensemos que el concepto de propiedad intelectual no existía entonces, y los libros no eran tan abundantes como ahora en la era del papel y de la imprenta. La impresión que da el CA es de que su edición fué todo lo generosa que podía ser en aquellos tiempos y nos ha conservado lo esencial de la obra aristotélica (aunque sólo fuese el 20 o 30 por 100 que supone Zürcher, ya es bastante; ¿sabemos siquiera eso de Parménides, Demócrito o Sócrates?). El editor o el redactor —para el caso es igual— ha sabido encajar bastante bien los fragmentos. No obstante, el CA debía seguir pareciendo algo incomprensible; hay que llegar a Alejandro de Afrodisia para que se atisbe la grandeza de estos escritos. Desde este momento no han existido otros libros más leídos y comentados, traídos y llevados. Porfirio, Simplicio, Damascio y tantos más continúan la labor de Alejandro de Afrodisia. Después, al traducirse el CA al siríaco, al árabe, al hebreo y al latín, al-Kindī, al-Fārābī, Avicena, Algacel, Avempace, Averroes, Maimónides y toda la escolástica cristiana, a partir del siglo XIII, continúa esta labor exegética y crítica. Pero pensemos cómo se ve el CA después de tanta

codificación, versión y retraducción: como un gran sistema único, pero corrompido por una deficiente transmisión textual. La filosofía de Aristóteles se concibe como un sistema definitivo, completo e impersonal.

Por otra parte, lo que había sido la obra literaria de Aristóteles se había perdido. Hay que decirlo de una vez para siempre: las auténticas obras de Aristóteles son sus diálogos y sus cartas, hoy perdidos. Pero esta pérdida no es casual, sino una consecuencia de centrar la labor de Aristóteles en un sistema «prefabricado»; lo demás, venía a decirse, son poco más o menos los balbuceos del estudiante platónico en la Academia; lo que es verdad, pero de un estudiante de treinta y siete años de edad y del genio de Aristóteles. En esto hay que darles la razón a Jaeger y Zürcher. Pero de aquí a suponer que sólo eso fué lo auténticamente aristotélico hay un abismo; no ya a los treinta y siete años, a los cuarenta y siete años también Manuel Kant no había esbozado aún su filosofía. Por tanto, del hecho innegable de que la auténtica *obra escrita* de Aristóteles fuesen los diálogos, hoy perdidos, no se puede concluir sin más que el CA no fuese profundamente aristotélico; en esto Jaeger supo ser más prudente que ahora lo es Zürcher.

Otro prejuicio que hay que deshacer es que *nadie* hubiese advertido hasta ahora el carácter aporético del CA, ni mucho menos. Por no remontarnos a Teofrasto —por si acaso tuvo tanta parte en el CA como Zürcher supone—, baste citar a Alejandro de Afrodisia. Avicena resolvió ya el problema a su manera, completando el CA con Plotino (por medio de la *Pseudo Teología de Aristóteles*); Algacel señaló muchas contradicciones; Averroes vió muchas veces harto claro, como cuando devolvió las pruebas de la existencia de Dios de la *Metafísica* a la Física; Santo Tomás, Siger de Bravante, Escoto y Occam señalaron ciertos problemas. Finalmente, el agudo genio de nuestro Suárez vió más claro que nadie —sobre todo en el caso concreto de la *Metafísica*— que aquello no era una obra adecuada, ordenada y sistemática, y quiso reelaborar una metafísica original sacudiéndose del obligado orden del CA. Los míopes fueron y son los comentaristas de los comentaristas, y como éstos abundan tanto pareció que ni la «edad de los filólogos» podía venir en ayuda de Aristóteles. ¡Qué diferencia, decían, con los *Diálogos* de Platón! Y se concluyó apresuradamente que Aristóteles poseía un estilo deficiente, seco y científico; sólo quedaba el camino de ir suprimiendo todo lo que parecía estorbar al supuesto sistema.

Necesitamos llegar a la escuela histórica para encontrar un poco de calor por Aristóteles. Trendelenburg es el primero que en aquel prodigioso Berlín que Dilthey amaba evocar, centra su poderosa mirada germánica sobre el genio aristotélico. Uno de sus más geniales discípulos, Francisco Brentano, sería el primero que se plantearía a fondo el problema del CA. Buscaba Brentano un método que le permitiese salvar la oscuridad, contradicciones y dificultades del CA; para ello compara la estructura ideológica de todo pensador con un organismo vivo, cuyas partes se condicionan recíprocamente. Así, lo mismo que



335. — Alejandro - Rey.

335-323..	{ Estancia en Atenas, Muerte de Calístenes (327).....	} 2. <sup>a</sup> MÉTAFÍSICA (Δ, E (2-4), Z, H, Θ (1-9), I, Θ (10), M (1-9)), MET. OROLÓGICOS (334), DE ANIMA (III), H. <sup>a</sup> DE LOS ANIMALES, DE LAS P. Y G. DE LOS ANIMALES, SOBRE EL NILO, DE ANIMA (I, II), PARVA NATURALIA, SOBRE EL SUEÑO, ETICA NICOMACHEA, SOBRE LA MONARQUÍA (335), 2. <sup>a</sup> POLÍTICA (I, IV, V, VI), ALEJANDRO (328), CONSTITUCIONES, RETÓRICA (?), POÉTICA (?).
323-322..	{ Muerte de Alejandro, Huída de Atenas, Muerte de Aristóteles.....	} METAFÍSICA (Δ, 8), FÍSICA (VIII), CONSTITUCIÓN DE ATENAS (?).

Hasta aquí el estado de la cuestión hasta el libro de Zürcher. Jaeger no niega la posibilidad de «retoques» posteriores y presupone que el «editor» revolvió todo aquel legado del CA e hizo con él un espléndido *cock-tail*. La novedad de Zürcher, por tanto, va a ser doble; de un lado va a sentar que el autor del *cock-tail* fué Teofrasto; en segundo lugar supone que Teofrasto no sólo ordenó (o desordenó) y clasificó, sino que corrigió y agregó según su buen entendimiento y de acuerdo con sus ideas, que según Zürcher eran muy poco aristotélicas, y finalmente, dado el supuesto que estamos ante una redacción de Teofrasto, somete a todo el CA a una crítica textual que le permite una nueva cronología del CA, que no siempre coincide con la de Jaeger. Veamos muy resumida la argumentación de Zürcher.

Según Zürcher el CA, tal como hoy se encuentra, no fué escrito por Aristóteles, sino por Teofrasto. Aristóteles nombró a Teofrasto su sucesor y le legó, junto con la dirección del Liceo, sus «apuntes de clase»; sobre ellos trabajó Teofrasto treinta años, cambiando, tachando y añadiendo todo cuanto quiso. Al parecer, Teofrasto se apartó hacia el 320 a. J. C. del idealismo platónico y se inclinó hacia el más completo empirismo. Por tanto, los escritos que aparecieron en la bodega de Skepsis, tras doscientos años de pérdida, forman el legado conjunto de Aristóteles y Teofrasto. Es en cierto modo el legado aristotélico, pero no tal como lo dejó Aristóteles al morir (el 322), sino como quedó a la muerte de Teofrasto (el 288); la parte auténticamente aristotélica no pasa, pues, de un 20 a un 30 por 100; la forma y expresión son típicamente de Teofrasto, salvo en el caso de la *Retórica a Alejandro* (ρ), el de *Las virtudes y los vicios* (αρ) y el *Sobre el espíritu* (πν). Aparte de esto sólo los fragmentos exotéricos y algunos trozos de la *Constitución de Atenas* (II A) son auténticos (introducción, pág. 17). Ahora bien, no todo el CA fué retocado, ampliado y adaptado de la misma manera, ya que a veces el legado de Aristóteles a Teofrasto se redujo a simples notas. Según Zürcher, las partes auténticamente aristotélicas son αρ, ρ, φ (*Fisiognómica*), πν, φι (*Historia de las plantas*), φα (*De la causa de las plantas*), Ζι (θι) (parte de la *Historia de los animales*) y ηε (parte de la *Ética Eudemia*). En general puede decirse que las partes menos alte-

radas son las más antiguas, ya que con el tiempo Teofrasto fué cada vez inclinándose más hacia posiciones propias. Los libros más retocados por Teofrasto, y menos aristotélicos, por tanto, son la *Metafísica* (M), la *Física* ( $\Phi$ ), los *Analíticos* (A), las *Categorías* (K), los *Tópicos* ( $\tau$ ), *Sobre la generación de los animales* ( $Z\gamma$ ), *Sobre las partes de los animales* ( $Z\mu$ ) y la *Ética Nicomaquea* (H) (ídem, página 18).

La prueba de lo que el actual CA son los apuntes aristotélicos, harto reformados por Teofrasto, la verifica Zürcher a base de los siguientes principios: primero, por los fragmentos de los escritos exotéricos de Aristóteles, que no pertenecen a su juventud, sino a su madurez; segundo, por la unidad de estilo entre el CA y las obras atribuídas desde siempre a Teofrasto; tercero, por el uso de los *Elementos* de Euclides en el CA; cuarto, por la diversidad de opiniones sobre un mismo tema en el CA; quinto, por el modo como se exponen las doctrinas platónicas en el CA, y sexto, por la aparición de doctrinas estoicas en el CA (ídem, págs. 18-19). Veamos cómo justifica Zürcher cada uno de esos extremos.

1.º ¿Cuándo se escribieron los exotéricos? Indudablemente ya en la edad madura, pues si no no tendría sentido la «exhortación a los jóvenes» a filosofar, ni menos el que Aristóteles se hiciese famoso por una obra de primera juventud (cap. I, págs. 21-30).

2.º  $\varphi$  y  $Z\iota$ , que pasan por ser de Teofrasto, tuvieron una redacción primitiva aristotélica, comprobada por los fragmentos editados por Rose; fueron, pues, reelaborados por Teofrasto y llevados a Alejandría (cap. II, págs. 31-48).

3.º Si el CA es de Aristóteles mal comprendió éste a Platón, pese a tantos años de convivencia, pues le atribuye ideas de Xenócrates y Polemón. Más lógico, por tanto, es suponer que fuese Teofrasto quien entendió por platónico lo que era ya la Academia en su tiempo (Xenócrates y Polemón) (cap. III, págs. 49-59).

4.º En el CA encontramos conceptos tomados de los *Elementos* de Euclides, y hoy sabemos muy bien que Euclides es treinta años posterior a Aristóteles (cap. IV, págs. 60-72).

5.º En el CA hay ideas que proceden de Aristóxeno, Dicearco, Listas y los estoicos, todos ellos posteriores a Aristóteles (cap. V, páginas 73-84).

6.º En cuanto a la medicina el CA depende en gran parte de Diocles de Karystos, discípulo de Aristóteles (cap. VI, págs. 85-94).

7.º Por el estilo, tanto el CA como el  $\varphi$  y el  $Z\iota$ , atribuídos a Teofrasto, son de la misma mano (cap. VII, págs. 95-122).

8.º En todo el CA hay un dualismo de ideas, unas viejas, otras nuevas, que es muy dudoso que hubiese conservado Aristóteles de ser éste el autor de las revisiones posteriores y que sólo Teofrasto, por respeto al maestro o por ignorancia, podía conservar (cap. VIII, páginas 123-124).

Con esto se cierra la primera parte, crítica, del libro de Zürcher.

La segunda parte se inicia con el problema de la cronología del CA. Jaeger había acometido el problema basándose ante todo en la

evolucion de la ideología aristotélica; Zürcher lo hace fundamentándose en el estilo, ya que el problema ideológico —dado el dualismo exotéricos, esotéricos— está sin resolver. Basándose en el estilo Zürcher señala tres períodos:

- 1.º Estilo *ἀλλά μήν*, hasta el 315 a. J. C.
- 2.º Estilo con preponderancia del *οὐ μήν*, del 315 al 308 antes J. C.
- 3.º Estilo neutral, casi sin estas locuciones y sin ninguna otra partícula, a partir del 308 a. J. C. (cap. IX, págs. 125-130).

La tercera parte comprende un análisis de las diversas partes del CA; de este análisis deduce Zürcher:

1.º El *Sobre la generación* (I) está hecho a base de una serie de escritos diversos *Sobre los elementos*, *Pasiones*, *Magnitudes*, *Contrarios*, etc. El *Timeo* platónico debe de ser de Xenócrates (cap. X, páginas 131-176).

2.º Los *meteorológicos* ( $\mu$ ) y el *De Mundo* ( $\chi$ ) son posteriores al grupo anterior, F, O (*De Caelo*) y  $\Phi$  (*Física*), pues en ellos aparece el éter como quinto elemento. El libro  $\delta$  de  $\mu$  puede ser de Stratón, y  $\chi$  puede ser auténtico de Aristóteles con pequeños retoques (capítulo XI, págs. 177-199).

3.º En cuanto a la *Metafísica*, los libros  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\lambda$ ,  $\mu$ , A y  $\zeta$  son anteriores al 315 a. J. C.; los libros  $\zeta$ ,  $\vartheta$ ,  $\gamma$ ,  $\iota$ , A pertenecen a un período alrededor del 310 a. J. C.; los libros  $\delta$ ,  $\epsilon$ ,  $\eta$ ,  $\kappa$ ,  $\xi$  pertenecen a una época alrededor del 300 a. J. C. El libro más antiguo es el  $\beta$ ; el libro  $\lambda$  es de Teofrasto; el libro  $\delta$  no pertenece a la metafísica; el libro  $\vartheta$  es de Teofrasto; el libro  $\kappa$  se acerca al pitagorismo; el libro  $\xi$  es de Teofrasto, según testimonio de Nicolás de Damasco (capítulo XII, págs. 199-232).

4.º La *Política* (II) es una recopilación; el núcleo primitivo fueron los libros  $\eta$ ,  $\beta$  y  $\gamma$ , que son afines a los fragmentos exotéricos y tienen el carácter utópico y abstracto de la ideología platónica; el resto es de Teofrasto y están escritos fundándose en motivos políticos prácticos y concretos (cap. XIII, págs. 232-256).

5.º La *Constitución de Atenas* (IIA) está muy refundida; el libro  $\alpha$  es de Aristóteles (ídem, págs. 257-258).

6.º El  $\alpha\rho$ , como antes se dijo, es aristotélico y fué dirigido a Alejandro (cap. XIV, pág. 257).

7.º De las tres éticas la más antigua es la *Magna Moralia* ( $\gamma\mu$ ). La *Ética Nicomaquea* (H.) es anterior a la *Ética Eudemia* ( $\gamma\epsilon$ ). Los nombres de Eudemia y Nicomaquea les vienen a estos libros no de sus autores, sino de los poseedores de los manuscritos (ídem, páginas 260-269).

8.º  $\rho$  es de Aristóteles, como antes se dijo, y P (*Retórica*), en gran parte, también (cap. XV, págs. 270-283).

9.º El tratado *De Anima* ( $\Psi$ ) sólo es de Aristóteles en un 20 por 100 (cap. XVI, págs. 283-289).

10. *La historia de los animales* (Z $\iota$ ), *De la Generación de los*

*animales* ( $Z\gamma$ ) y *De las partes de los animales* ( $Z\mu$ ) son obras posteriores de zoología bien poco aristotélicas (ídem, págs. 282-302).

11. Los *Parva Naturalia* y los ya mencionados  $\varphi\iota$  y  $\varphi\alpha$  son una mezcla de elementos aristotélicos y correcciones de Teofrasto. Los más antiguos y legítimamente aristotélicos son los *Parva Naturalia*; pero el  $\varphi\tau$  lo escribió Nicolás de Damasco entre el 20 y el 40 a. J. C. (capítulo XVII, págs. 302-308).

12. Los *Aporias* ( $\tau$ ), X y  $\alpha\chi$  son apuntes a base de explicaciones o doctrinas de Diocles (cap. XVIII, págs. 308-320).

13. *La Mecánica* ( $\mu\gamma$ ) y *Fisiognómicos* ( $\varphi$ ) tienen parte de Aristóteles, sobre todo la segunda (cap. XIX, págs. 320-323).

14. El *Sobre Jenófanes, Zenón y Gorgias* ( $\xi$ ) es auténtico (ídem, página 324).

15. *Las Categorías* (K) es auténtico, y los *Tópicos* ( $\tau$ ) son bastante antiguos (cap. XX, págs. 326-345).

Después de este análisis, que Zürcher lleva a cabo con una riqueza de datos filológicos e históricos inimaginables, llega su autor al siguiente criterio para establecer lo auténticamente aristotélico dentro del conjunto de doctrinas del CA: primero, son fielmente aristotélicos todos los fragmentos exotéricos, pero no los esotéricos; segundo, si cualquier autor posterior cita un testimonio de Aristóteles, pero sin precisar su fuente, dicho testimonio carece de valor, en cuanto puede haber sido tomado del CA; tercero, sólo son valiosas las citas de Aristóteles basadas en los exotéricos, de aquí que gran parte de los fragmentos de Rose sean inauténticos e igualmente muchos de los testimonios de Alejandro de Afrodisia, y cuarto, El Pinax I (primera lista de escritos aristotélicos) puede servir de norma relativa, pero no segura, en cuanto la Biblioteca de Alejandría había adquirido ya exotéricos en tiempos del propio Teofrasto (cap. XXI, pág. 346). Siguiendo estos criterios Zürcher cree propiamente aristotélicas las siguientes doctrinas: primero, Aristóteles es el Leibniz de la antigüedad, el primero que cree en una armonía preestablecida; segundo, como método dialéctico utiliza la inducción y el raciocinio, pero no el típicamente silogístico; tercero, las categorías aristotélicas son: *género*, *propio* y *accidente*, y tal vez *lo otro*, *lo mismo* y el  $\kappa\alpha\theta' \alpha\upsilon\tau\omicron\varsigma$ ; cuarto, el principio de contradicción es rigurosamente aristotélico; quinto, la metafísica propiamente aristotélica tiene un sentido teológico, sus principios esenciales son las causas primeras, Dios y la Naturaleza; sexto, la distinción de potencia y acto es aristotélica; séptimo, Aristóteles no cree en el carácter separado de las ideas, sino que las considera como meros paradigmas; octavo, Aristóteles no admite la doctrina platónica de la participación; noveno, en biología Aristóteles se basa en el *Corpus Hipocraticum* y en los conocimientos aportados por las conquistas de Alejandro; décimo, en moral lo típicamente aristotélico es el *deontismo*, la obligación moral ante Dios, y undécimo, la religiosidad de Aristóteles es típicamente griega, no habiendo llegado a un monoteísmo, sino a la creencia de un Dios con preponderancia sobre los demás (ídem, págs. 347-352).

Basta este somero análisis para poder advertir la importancia, tras-

endencia y riqueza de esta obra. Hay en ella, sin embargo, elementos de muy diverso valor. En general se puede decir que la obra de Zürcher es decisiva en su aspecto crítico negativo, siendo mucho más problemáticas las construcciones cronológicas e ideológicas consiguientes. Indudablemente no puede negarse —y en cierto sentido nunca se dudó— que la labor que salió de las manos de Aristóteles como tal obra escrita fueron los exotéricos. Del mismo modo hay que reconocer que Teofrasto manejó a su gusto y arbitrio el legado de Aristóteles, y es absolutamente indudable que la mano que escribió el CT escribió el CA. También hay que convenir con Zürcher —en gran parte ya lo indicó Jaeger— que los exotéricos no son obra del «estudiante platónico», sino de un hombre maduro. Por tanto, la redacción actual del CA no puede remontarse a Aristóteles, más aún cuando pueden agregarse las pruebas ideológicas de la utilización de Euclides, Aristóxeno, Dicearco, Diocles, Listas y los estoicos, todos ellos posteriores a Aristóteles. Por otra parte, el entender por doctrina de Platón (entiéndase de la Academia) las de Xenócrates y Polemón nos dice que Aristóteles, que estuvo diecinueve años en la Academia con Platón, mal podía caer en tan grave error. La conclusión, pues, es evidente: el redactor del CA actual no es Aristóteles.

La segunda parte de la tesis de Zürcher —el redactor fué Teofrasto— ya no es tan evidente. El primer argumento es la igualdad de estilo entre el CA y el CT, pero si el autor de la redacción hubiese sido Andrónico de Rodas o un sucesor de Teofrasto, por ejemplo, quedaría solucionada la dificultad, pues él fué el editor del CA y gran parte del supuesto CT. El argumento del dualismo ideológico, respetado por Teofrasto, vale también para Andrónico o cualquier otro. Los elementos tomados de autores posteriores a Aristóteles se explicarían aún mejor —sobre todo en el caso de los estoicos— si el autor de la redacción fuese Andrónico, ya que Teofrasto sólo alcanza a Zenón de Citio, pero Andrónico es posterior incluso al estoicismo medio. Finalmente, Zürcher recurre varias veces a un argumento vicioso: niega los testimonios antiguos en favor del aristotelismo del CA, basándose en el poco respeto a la cita en la antigüedad, y niega el valor del testimonio de los que no vieron contradicción grave entre Aristóteles y el CA por la falta del sentido de la «propiedad intelectual» en la antigüedad; sin embargo, admite la autenticidad de los fragmentos exotéricos, que nos quedan precisamente gracias al testimonio de transmisiones y citadores tan poco verídicos. Finalmente, la cronología del *ἀλλὰ μὴν* y del *ὁ μὴν* la creo relativa; puede haber tres estilos, como ya algo había dicho Jaeger, pero las fechas de Zürcher son algo aventuradas. En cuanto a los libros que Zürcher considera como más aristotélicos y los más teofrásticos, el valor de sus argumentos es muy vario; en unos casos es bien evidente, en otros apenas probable, y lo mismo cabe decir del resumen esquemático de la ideología aristotélica que da al final de su apasionante libro. Pero aun con estos reparos el libro de Zürcher será ya el inevitable punto de partida para toda futura investigación sobre el CA.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ